

El Defensor de Yecla.

SEMENARIO POLÍTICO INDEPENDIENTE.

AÑO II.

Yecla 1 de Mayo de 1892

NUM. 41.

Precios de suscripción:
En Yecla: 1'50 pesetas trimestre.
Fuera: 2 id. id.
Números sueltos, 0'15 céntos.

Anuncios, esquelas mortuorias, comunicados, remitidos, reclamos, etc. á precios convencionales.

Dirección: Calle de España núm. 3,
Se suscribe en la Administración:
Plaza del Teatro núm 17.

El dos de Mayo.

Este glorioso día que se celebra como fiesta nacional, merece estereotiparse con grandes caracteres en la tómbola de la historia, para que todo buen español y grande patriota estudie este rico venero, y sepa por él, la sangre que derramaron nuestros padres para conquistar la libertad é independencia de nuestra patria, que estaba vendida ante los ojos de un extranjero, el duque de Berg.

¡Oh glorioso *dos de Mayo del año 1808!* ¡Tú salvastes á España de la ignominia de un presunto rey sin conciencia ni decoro! ¡Tú la salvastes del asqueroso yugo del vasallaje!

Españoles: recordar á vuestra madre que zozobraba ante el débil gemido de una anciana; recordar el bando feroz de Joaquin Murat, el extranjero duque de Berg, el osado y avaro soldado que arrastrado por una insensata y temeraria audacia, creyó en su dorado sueño con ser rey de España, sin otro estirpe que la fuerza bruta, y sin otro abolengo que el estampido del cañón; recordar la sangre de los mártires Daoiz y Velarde, sangre que hizo que el pueblo español despertara del paraxismo para salvar á Europa, libertándola del despotismo y de la opresión.

Por eso "El Dos de Mayo," es para nosotros fecha memorable, día que marca en la historia de nuestro pueblo el ex-paraxismo de sus hijos ó el despertamiento del letargo profundo en que cayeron, desde que subió al trono de S. Fernando, el débil *Carlos IV*. España ya no era aquella nación brabucona é indómita que tanto costara subyugar á las tribus romanas; ni el poderoso ni tenaz pueblo que durante *siete siglos* y medio resistió la invasión mahometana ni apenas quedaban indicios de aquellos vigorosos varones que, desde Isabel la Católica hasta Felipe IV, hicieron alarde de triunfo paseando por dos vastos continentes el pendón de Castilla; ni sus monarcas se parecían en nada á aquel Carlos y á aquel Felipe, cuyas férreas voluntades eran sancionadas leyes para las naciones, y ante cuyas siluetas doblaban la cerviz los mas poderosos reyes de la tierra. La España de aquel entonces—de Carlos

IV—no era la nación que poderosamente intelectual asombró al mundo entero por la sagacidad de sus reyes, por la bizarria de sus soldados.

Que se podría esperar de un rey débil, una corte corrompida extremadamente, contribuyó á enervar y á prostituir en pocos años al pueblo, que parecía derrumbado para siempre del alto pináculo de gloria y de la suuntuosidad en que vivió por mucho tiempo.

Imposible parece que la trivialidad de un hecho aislado, habia de servir de timbre de alarma al libidinoso y pusilánime monarca español que habia inclinado su cerviz ante el poderoso César de Occidente, cediéndole el cetro que sus trémulas manos no podian sustentar; las águilas imperiales se paseaban y ondulaban por el oceano aéreo de España impunemente, merced á una capciosa y atrevida felonía; la corte con sus séquitos y favoritos se hallaba en territorio francés; solo quedó en ella unos tiernos infantes, infantes que quien lo habia de decir, poco despues habian de ser causa ocasional del gran sacudimiento patriótico.

El extranjero Joaquin Murat se internó á poco en el suelo español á la cabeza de mas de cien mil franceses, que con gran sigilo y cautela habian entrado con pretexto de internarse en Portugal, el pueblo de Madrid al contemplar aquella invasión, sospechó que era un pretexto bien embozado, puesto que realmente iban á ocupar á España y colocar en su trono al intruso monarca.

El día dos de Mayo fué el día designado para arrojar del régio alcázar á los tiernos vástagos de la familia real. La Plaza de Oriente estaba repleta de gente del pueblo, al subir al coche los infantes uno de ellos D. Francisco, presintiendo quizás el destino que la esperaba, dirigió una mirada al pueblo y enseñóles sus ojos estriados y arrasados en lágrimas. Aquella melancólica mirada la debió interpretar una muger cargada de años puesto que al ver á los infantes en el coche y dispuestos á partir gritó; *¡que se los lleven!* este débil grito de la anciana, fué cual un chispazo eléctrico que encendió de indignación é ira los dignos corazones de los madrileños; y dando una violenta sacudida se despertó é iba á demostrar á

aquella turba invasora, que aunque antes permanecía impassible y aletargado era tan fiero como el reputado león del desierto destrozando entre sus garras á los *antilopes*, é iracundo y cruel. Súbitamente cual movidos por la alidada del patriotismo se arrojaron al coche con intento de sacar de él aquellas tiernas criaturas, se oponen las tropas del invasor y trávase en seguida la mas cruenta lucha entre militares y paisanos.

El cruel Murat montado á caballo, dirige enseguida su movimiento de resistencia contra el pueblo Madrileño.

Aquello era una conflagración importante, una hecatombe, el cañón deja oír su estruendo y medroso estampido por todos los ámbitos de la corte. Los Madrileños, obcecados y dominados por la ira, matan con entusiasmo, hieren con alevosía y sin piedad aquellas millarias de soldados que vienen á pisotearles sus derechos, demostrando una vez mas elocuentemente el pueblo español que no impunemente se toma por asalto una nación. Así conquistan sus libertades y afirman y robustecen sus derechos los pueblos verdaderamente libres y dignos.

Que espectáculo aquél del parque de Montealeón, en que dos oficiales de artillería Daoiz y Velarde honra y orgullo del pueblo español, se abrazan y juran morir por *Dios, por su religión, por su patria y por su rey*. Aquellos aguerridos militares lucharon y resistieron desde el parque á los numerosos artilleros franceses, con las escasísimas fuerzas de que disponían, y fueron desapareciendo lentamente de la escena de combate, á causa de la metralla mortífera de la artillería extranjera.

Cuando aun seguian luchando, un oficial francés enarbola bandera de parlamento y se dirige donde estaba Daoiz. El noble y bizarro español, sin doblez en el alma y sin cobardía ni tración en el corazón, saluda Daoiz al oficial francés y conversa con él largo rato. Pero cuando estaban en el mejor rato de expansión, el villano y cobarde oficial francés aprovecha aquel instante de descuido y entrega á su interlocutor traicionera y cobardemente é indefenso, á la soldadesca, muriendo acribillado y triturado á bayonetazos.

¡Miserables! ¡Cobardes! Ignoraban acaso que cada gota de aquella sangre

